

*Cuando llegué a La Habana no tenía el pelo largo,
nunca había estado en un concierto de la escalinata
ni en una descarga del Jazz Plaza,
mucho menos en una función de ballet.
Hace 20 años para mí Coppelia era solo una heladería.*

El Periqueño

(de la serie Ausentes)

Grandes pensadores de todo el mundo andan muy preocupados por la globalización de la imagen, por los fenómenos de intercambio cultural en las llamadas zonas de contacto, por el aparente mestizaje y las degradaciones identitarias; alarmados porque, a niveles macro y en medio de un desequilibrio extremadamente polarizado entre los llamados centros y periferias, el neoliberal consumismo y el avance de la migración suelen ser los procesos reguladores de todos los asuntos humanos.

Mientras muchos sobrepensan hoy acerca de esos trastornos del universo, la sensibilidad artística y el sentido común de Harold López nos recuerdan con una serie de retratos que no hace falta ir muy lejos para hablar o hacer ante tales problemas. Basta circunscribirnos una vez más a nuestra transculturada insularidad para comenzar a entender, y si es posible resolver, determinadas (in)diferencias o aceptar (irre)mediables (dis)paridades que mueven a los hombres de un lado a otro.

¿Cómo llegar desde el “interior” a nuestra capital y dejar de ser un guajiro en La Habana, será acaso un dilema moderno? Y si lo es, durante cientos de años de modernidad lo único que ha hecho es desarrollarse como incertidumbre. Convertirse en un *Ausente* de la localidad natal y adentrarse en el cosmopolitismo ciudadano ha devenido una circunstancia que solo ha crecido en proporción inestimable a sus causas. El salto sobre los parapetos sociopolíticos y distancias más que geográficas, que implica este cambio de espacio para la existencia, se hace aparentemente más fácil y a su vez más complejo y por tanto la aptitud y actitud de quienes se deciden al tránsito han de ser más que probadas para los canjes y exabruptos. Para colmo existen aquellos que, encandilados por el espejismo de las apariencias segregadoras o ansiosos por pertenecer al centro, pierden la noción de naturalidad y se fuerzan a parecer indiscutiblemente mundanos antes de que ocurra un ineluctable proceso de asimilación y/o transformación del ser.

Sobre esa simulada más que espontánea metamorfosis visual que ocurre en determinados *Ausentes* nos insta a reflexionar el habanero Harold. Su obra no es precisamente un registro pictórico realista de esas personalidades que se marcharon un día del terruño y son invitados con orgullo a las tradicionales fiestas de semanas culturales sino una indagación estético-conceptual acerca del individuo cubano contemporáneo que migra internamente y sin poder marcharse del todo asume además un autoéxodo. Sus *Ausentes* como que nunca quieren volver. Y si parecen reales o fotográficos lo deben a la apropiada combinación de signos y estilos escogidos por el artista para representar su constante acercamiento a los lacerantes procesos humanos de manipulación e intercambio de la identidad.

En la base de estos retratos hay una evidente intención expresionista de cuestionamiento, no exenta de referencias clásicas entre un Kirchner y un Otto Dix. Sobre esos recursos que hacen muy vivos y discursivos a sus personajes Harold incide con el alto poder manipulador del pop (¿cuanto le debe también a su maestra Rocío García?) para exacerbar una agresividad y frivolidad contextual a tono con las circunstancias. De este pastiche postmoderno, medido a la medida de tiempos más dominados por reglas del buen diseño, emerge la más irónica tragedia de sus retratados *Ausentes*, aquellos que queriendo deslocalizar sus orígenes constantemente lo evidencian y hasta mueren bajo el seudónimo-gentilicio de su pueblecito natal.

Andrés D. Abreu

Periodista y Crítico de Arte